



que lo que convenia era popularizar la revolucion, haciendola descender hasta las ultimas clases, y radicar en ellas el odio contra los Espanoles, precipitandose con la velocidad del rayo sobre las principales poblaciones, y desorganizando con las masas a que daba impulso, el gobierno que tenia por enemigo y los medios que la cadena de autoridades subordinadas a su obediencia le prestaban para sostenerse o reaceerse.

Lleno de estas ideas salio de San Miguel la mañana del 48, y se dirijo para Celaya, ciudad rica y bastante considerable, en la cual se habian reunido muchos Espanoles de los pueblos inmediatos con los que eran vecinos de ella, para proporeionarse algun genero de defensa, pues aunque en ella no habia sino un piquete de soldados que no pasaba de diez hombres, esperaban auxilios de Guanajuato o Queretaro para poder sostenerla, no creyendo que Hidalgo se moveria con la rapidez que lo hizo; pero desde la mañana del 48 empezaron a correr en la ciudad noticias sordas de su venida, que fueron tomando cuerpo a proporcion de que se avanzaba el dia, y se confirmaron del todo cerca de las dos de la tarde; entonces todo fué desorden y confusion. El primer cuidado de los Espanoles fué el de ocultar sus caudales, y el segundo el de armarse ellos mismos y sus dependientes, cada qual del modo que pudo : pero sin grito, sin tropa, sin

disciplina y sobre todo desconociendo hasta los primeros elementos de la fortificacion, nada podian hacer para contener las masas que por la parte exterior se precipitaban sobre ellos , ni reprimir en la interior a la masa del pueblo que les amenazaba por instantes con una violenta explosion. Los frailes españoles del Carmen, vestidos con el traje charro de manga, montados a caballo, armados de sable y pistolas y con el crucifijo en la mano, como los obispos del tiempo de las cruzadas, que hacian de soldados y ministros , recorrian en vano los barrios de la ciudad, exhortando a la defensa al pueblo que tenia ya tomado su partido , y se hallaba bien resuelto a declararse por Hidalgo luego que avanzase sobre la ciudad. En medio de este desorden se presentó un parlamentario exigiendo la entrega lisa y llana de la plaza, y amenazando que de no hacerlo serian pasados a cuchillo los Españoles que se hallaban en poder de los pronunciados. A todo se dió una respuesta evasiva para prolongar la negociacion y ganar tiempo, con el objeto, segun el exito manifestó, de retirarse a Queretaro. La noche se acercaba y las familias de los Españoles temiendo un acometimiento o una sublevacion del pueblo , cosas ambas que las exponian a immensos riesgos , se hallaban en la mayor consternacion. Entonces el prior de San Agustin, llamado Agustin Casorla, deponiendo los escrupulos de la clausura, importunos en aquellas cir-

cunstancias, abrió las puertas de su convento a mujeres, niños y viejos para proporcionarles un asilo sin el cual habrían estado expuestos a todo genero de violencias, y este acto de beneficencia hará siempre honor eterno a este varon verdaderamente apostolico.

Cuando los Españoles vieron de alguna manera aseguradas sus familias, no pensaron ya sino en ponerse en salvo de la tempestad que les amenazaba, y reunidos a la media noche formaron una caravana que se dirigió a Queretaro. Hidalgo lo supo inmediatamente, pero no quiso seguirlos ni ocupar la ciudad en medio de las tinieblas, temiendo el estravio de los caudales de que pensaba apoderarse. Al romper el alba ocupó la ciudad, y la señal de posesion que se dió al vecindario fué una descarga general de todas las armas de fuego verificada en la plaza, y que fué el toque de llamamiento para el destrozo y el saqueo. Inmediatamente las masas de Hidalgo se repartieron por toda la ciudad y ayudadas por el pueblo cayeron sobre las casas de los Españoles que no solo saquearon, sino que destrozaron en un momento rompiendo las puertas, ventanas, armazones, rejas, muebles, y no dejando en ellas en pie sino las paredes : los caudales fueron ocupados, conducidos sin cuenta ni razon, y amontonados en uno de los mesones de la vecindad, de donde tomaba cada cual lo que le parecia. Celaya al tercer dia de tomada era un monton de ruinas y

se hallaba desprovista aun de las cosas de primera necesidad para el uso de la vida, llenas sus calles y plazas de los jornaleros de los pueblos que se unian a Hidalgo en todos los puntos de su transito, y que necesariamente cometian mil actos de rapacidad, pues nada alcanzaba para mantenerlos. Hidalgo fué proclamado en Celaya sin oposicion ninguna *capitan general de America*, titulo falso, provenido de la ignorancia de los que lo daban, y que suponia el error inescusable de no haber mas America que Mexico, titulo ademas ridiculo por recaer sobre la persona de un clérigo, que por su estado jamas debió confarse entre la gente de armas tomar; pero la revolucion de Mexico tuvo de singular el que los frailes y clérigos eran los principales jefes de las partidas volantes y de las divisiones armadas, lo cual no contribuyó poco a su descredito. Tambien fueron promovidos a tenientes generales, mariscales de campo, etc., los principales caudillos Allende, Aldama, y Abasolo, el presbitero Balleza y otros que seria largo enumerar; y estas promociones estemporaneas hicieron desde luego formar poco concepto de hombres que se ocupaban de preferencia de ascensos o titulos que solo podian justificar las grandes proezas y acciones de valor de que, por falta de ocasion, hasta entonces no habian podido dar pruebas ningunas.

... Cuando la noticia de la ocupacion y saqueo de

Celaya llegó a Guanajuato, el intendente Riaño entró en gran cuidado y trató de poner la ciudad en estado de defensa, con el designio de sostener un sitio mientras llegaban en su auxilio las fuerzas de Mejico o las que pedía a San Luis al brigadier Don Feliz Calleja, comandante de aquella brigada. Los Españoles estaban todos decididos a la defensa, y aun los Mejicanos ricos, visto lo sucedido en Celaya, se inclinaban mas a ella que a tomar partido por Hidalgo; pero el pueblo y la clase jornalera, que en ninguna parte era tan considerable como en Guanajuato, hallaba mas comodo el enriquecerse en un dia con los despojos de los ricos propietarios de minas, que continuar percibiendo su jornal y pagando el tributo extraordinario, que como se ha visto en el periodo anterior, se le impuso por haberse sublevado en el estrañamiento de los Jesuitas. El intendente, a cuya perspicacia no se podian ocultar estas disposiciones, convocó una junta de las personas principales, y en ella hizo ver la gravedad del negocio y los riesgos que se corrían si se perdía un momento en hacer los aprestos de defensa; en ella se acordó defender la plaza si era posible, y en caso de no serlo hacerse fuertes en la alondiga de *Granaditas*, posicion militar y que podía servir como de una especie de ciudadela. La fuerza con que se contaba era bien corta, pues dos compañías de caballería del principe y una parte del batallón de

infantería de Guanajuato , que no llegaban a trescientos hombres, era la única tropa reglada, la de mas consistía en paisanos, armados sin uniformidad ni disciplina, en numero de pocos mas de trescientos que, unidos a los otros, hacian seiscientos defensores incapaces de cubrir todos los puntos de la ciudad. Los frailes hicieron lo que en Celaya , predicaron contra Hidalgo con el crucifijo en la mano y aun lograron infundir en el pueblo un ardor momentaneo que alentó aun algo a los defensores; pero estas disposiciones fueron muy pasajeras, y este fuego fatuo desapareció bien pronto y fué reemplazado por la mas fria indiferencia. Riaño quiso hacerlo renacer por un bando en que se exigia del tributo estraordinario a los que habian sido condenados a él; pero esta concesion tuvo la suerte de todas las que son efecto de la debilidad , es decir , la de hacer despreciable al que se presta a ellas , sin que por esto logre el fin que se propuso ; así es que el pueblo vió con la mas grande frialdad la gracia que se le hacia, pero no disimulaba su afición al saqueo.

Entre tanto se supo que Hidalgo, despues de haber vacilado mucho tiempo sobre si acometeria a Queretaro , se decidió por marchar a Guanajuato, y se había ya puesto en camino. Esta noticia hizo que el pueblo de la ciudad diese indicios nada equivocos de sublevarse, y determinó al intendente a en-

cerrarse en Granaditas con su corta fuerza, y depositar en este fuerte los archivos y caudales publicos con los de los particulares que quisiesen introducirlos. Desde el 24 de setiembre en que esto se verificó, se vieron ya con menos cuidado los puntos de la ciudad que hasta entonces se habian resguardado y procurado tener en estado de defensa, pero se trabajó sin cesar y con suma actividad en las obras de fortificación interior y exterior de Granaditas. Los frascos de fierro colado en que se conduce el azogue y de los cuales había grande abundancia, fueron destinados a hacer las veces de granadas, pues henchidos de polvora producían el mismo efecto : el acopio de víveres fué el que se reputó suficiente para mantener mas de quinientas personas por el espacio de cinco meses, y los caudales publicos y particulares, por el calculo mas bajo, ascendieron a cinco millones de pesos. Riaño no perdía ocasión de reanimar el espíritu público de los vecinos y defensores; pero lejos de adelantar nada con sus esfuerzos, ellos mismos, como signo infalible de la desconfianza del jefe, contribuian del modo mas eficaz a producir el desaliento ; este progresaba por momentos, de modo que muchos Españoles tuvieron por mejor y mas seguro partido el ausentarse de la ciudad aun con la certidumbre de la perdida de sus bienes, y el riesgo que corrían sus familias entregadas a la suerte de la revolucion.

Hidalgo, después de haber permanecido algunos días en Celaya, salió para Guanajuato; pero la lentitud de sus marchas, debida al desorden y confusión de las masas que conducía, no le permitieron llegar a las inmediaciones de la ciudad sino hasta la tarde del dia 27 en que se acamparon como pudieron los que lo seguían, sin cuidarse de tomar posición militar. A la aproximación de estas masas, el pueblo de la ciudad dió indicios nada equivocos de su deseo de amotinarse, y el intendente tuvo necesidad de encerrarse en su fuerte y abandonar los demás puestos. Al dia siguiente 28, Hidalgo mandó un parlamento intimando rendición, y ofreciendo conservar las vidas a los Españoles, pero exigiendo de ellos se diesen por arrestados, y aun se asegura que a Riaño le hizo un ofrecimiento particular de un resguardo para su persona, cualesquiera que fuese su resolución de resistir o entregarse; si como parece es cierto tal ofrecimiento, debió estimarse como una prueba decisiva de las virtudes de Riaño, y del justo aprecio que de él se hacía, acordando en su favor una excepción que, según el *estado de las cosas*, no se habría concedido a ningún otro.

D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo fueron los encargados por Hidalgo para presentarse en Granaditas, y hacer la intimación con las formalidades de la guerra; pero habiéndose retirado Aba-

solo antes de que se permitiese la entrada, solo quedó el segundo para conferenciar con los comisionados del intendente, que lo fueron D. Francisco Iriarte y D. Miguel Arizmendi. Camargo, con aquella moderacion y cordura que siempre fué el distintivo de su caracter, leyó a la guarnicion la intimacion de Hidalgo, y en seguida la enteró del estado de las cosas con bastante exactitud, y con una frialdad que manifestaba su valor y el dominio que tenia sobre sus pasiones. Entre tanto Riaño se dirigió a los defensores diciéndoles, que el por su parte estaba resuelto a defender el fuerte, cosa que no le parecia imposible atendido que, aunque las fuerzas de Hidalgo eran muy superiores en numero, como gente sin disciplina, y que carecia de artilleria de batir, sus ataques no podrian ser muy temibles; pero les añadió que si no se hallaban en animo de sostener el punto, lo dijeseen francamente, pues jamas habia sido su animo sacrificarlos ni que prevaleciese su voluntad sobre la de los que le rodeaban. El mas profundo y triste silencio sucedió a esta alocucion, indicio cierto del desaliento que se habia apoderado de los defensores, hasta que Castillo que se hallaba entre ellos por uno de aquellos raptos indiscretos y comprometedores que no faltan en semejantes oaciones, dió la voz de *morir o vencer* que los demas siguieron maquinalmente, y a la cual Riaño arreglo sus providencias. Desde aquel momento se dió

por rota toda negociacion , se hizo salir al parlamentario Camargo, y todos se apresuraron, unos al ataque y otros a la defensa. La mas constante actividad desplegó el jefe del fuerte para poner en estado de defensa todos sus puntos. A cada cual destinó el puesto correspondiente habilitandolo de parques y de cuanto podia necesitar, y asi dispuestas las cosas aguardó con firmeza y serenidad al enemigo que no se hizo esperar mucho.

Hidalgo, luego que se impuso de la ultima resolucion del intendente, dividió su gente en dos trozos , previniendo que el uno atacase por el frente el fuerte de Granaditas, y el otro lo hiciese por la hacienda de Dolores que estaba unida a aquel por la espalda y ocupada por los Espanoles. Aquella multitud se puso en movimiento sin mas orden que el que podian dar ciertas banderas de diversos colores en que iba la imagen de Guadalupe, y servian como de centro comun a unos pelotones que se llamaban compagnias, sujetas a un cabo o jefe que mandaba cada uno de ellos. Las armas eran las que cada uno pudo proporcionarse ; de fuego habia poquisimas y las demas consistian en palos, piedras, instrumentos de labranza o ganaderia, y en machetes o cuchillos destinados al uso domestico.

El numero de estos hombres se cree que llegaba a catorce mil, sin contar con la tropa reglada que no pasaban de cuatrocientos, y se hallaban como

perdidos y absolutamente embarazados para obrar entre esta multitud desordenada. Poco despues de las tres de la tarde se hizo dueño de la ciudad este extraño ejercito, al que se unió inmediatamente el pueblo de Guanajuato. Lo primero de que se ocuparon, fué de abrir las carceles y poner en libertad a todos los presos, entre los cuales se hallaban no pocos facinerosos, que habian sido el terror de los campos y poblaciones, cuyo ultimo suplicio habria sido recibido con aplauso universal, y este procedimiento inmoral, repetido con bastante frecuencia, contribuyó no poco al descredito de la causa que Hidalgo sostenia. En seguida se trató de tomar el fuerte y, dada la orden de hacerlo, cayeron sobre el aquellas masas compactas cuyo impulso a nadie era dado resistir. Los Espanoles se defendieron con el valor de la desesperacion : sus frascos de polvora y sus fusiles hacian un estrago horrible sobre una multitud que peleaba a pecho descubierto y enteramente cerrada; pero aunque ninguno de sus tiros era perdido, ni habia golpe sin resultado, el estrago que causaban, lejos de intimidar a la multitud, no hacia sino aumentar su encono y ardor, con el que a muy poco fueron desalojados los defensores del fuerte de sus lineas esteriores. Riaño que vió un puesto importante abandonado tomó un fusil para sostenerlo, y sin acordarse de lo importante de su persona, que no debia ocuparse de funcio-

nes subalternas, estuvo haciendo fuego largo tiempo, hasta que atravesada la cabeza por las sienes con una, bala quedó muerto en el sitio. Esta perdida, la mayor aunque no la única que en la acción habían tenido los Españoles, no les hizo desistir de la defensa que continuó por entonces, pues aunque se repetían los ataques contra el fuerte, todos quedaban sin efecto, y la perdida de los que asaltaban se aumentaba por momentos, pero, ¿de que no es capaz un pueblo enfurecido cuando se halla animado por la codicia y la venganza? Las perdidas que sufre no producen otro efecto que el de obstinarlo, como sucedió con el de París en la toma de la Bastilla y el de Guanajuato en la de Granaditas.

Hidalgo aprovechándose de este ardor previno que incendiásen a toda costa las puertas del fuerte que se hallaban ya sin defensas exteriores. Esta orden fué tan pronto cumplida como dada, y los Españoles se vieron en el último apuro cuando se hallaron con esta brecha que no tenían medios de cerrar. En tal conflicto enarbolaron bandera blanca y de pronto se mandaron suspender las hostilidades. Pero los defensores de la hacienda de Dolores que ignoraban lo que pasaba en Granaditas, continuaron haciendo fuego sobre la multitud que, dando por engañada, gritó *traición* en uno de aquellos raptos de furor tan comunes en las revoluciones populares. Desde este momento ya solo se tra-

tó de tomar el fuerte a toda costa y de no dar cuartel a nadie : las masas se precipitaron sobre las puertas medio destruidas, y aunque sufriendo grandes perdidas las forzaron al instante. El ataque y la defensa se renovaban en cada uno de los puntos interiores que ofrecian algunos medios de resistencia, pero en todas partes triunfaba la masa popular que se derramaba como un torrente que destruye y sepulta cuanto le opone resistencia. A las cinco de la tarde el triunfo de los sitiadores era completo, y a esa hora dió principio el saqueo y la destrucción general de una de las ciudades mas ricas de Méjico.

Si en Celaya se cometieron tantos excesos y desórdenes a pesar de no haberse opuesto por los Españoles la menor resistencia a su ocupación, cada cual puede figurarse lo que sucedería en Guanajuato donde aquella fué tan obstinada. En efecto, muy pocas horas bastaron para consumar la ruina de esta ciudad, la destrucción de sus inmensos capitales, y del laborio de las minas, que abandonadas entonces aun no han podido repararse. No solo los Españoles, sino hasta los Mejicanos acomodados sufrieron el saqueo y los insultos de los vencedores y de un pueblo desenfrenado, que nada podía calmar ni satisfacer, y que desfogaba su rabia destrozando los cadáveres de los vencidos y ebandose en su sangre. Nadie se atrevía a sepultar estos miserables

restos, pues alguno que llegó a intentarlo se vió en gravísimos riesgos, y no debió su salvación sino a la fuga. Pero D. Juan Aldama y D. Mariano Abasolo en consorcio de Allende que también se hallaba ostigado de tantos excesos, tomaron por fin medidas serias y eficaces para contenerlos y establecer un tal cual orden en la ciudad. Por sí mismos reprimieron algunas aunque con suma dificultad, y se dirigieron a Hidalgo para que cuanto antes se llenase el hueco que había resultado en la autoridad por la muerte o emigración de los que la desempeñaban. Se trató por fin de hacerlo y fueron nombrados los rejidores y alcaldes ordinarios que faltaban, proveyéndose la intendencia de la provincia en Don José Antonio Gómez, por haber renunciado Don Fernando Pérez Marañón, nombrado primero por Hidalgo, y el cual, como se verá adelante, mantuvo intenciones con Calleja y con el gobierno de Méjico.

Como en Guanajuato residían algunos jóvenes que se habían educado en el seminario de Minería de Méjico, y se hallaban dotados de conocimientos nada vulgares sobre las artes del grabado, y más que todo sobre la fundición de metales y la maquinaria, Hidalgo se valió de ellos para establecer una maestranza y un ingenio de acuñación o sea casa de moneda. Este último establecimiento era del todo necesario después de haberse cortado las relaciones con Méjico donde únicamente se acuñaba, y así en

el uno como en el otro dieron pruebas nada equivocas de su ingenio , conocimientos y recursos los encargados de ambos, porque aunque sus obras no fueron del todo perfectas , excedieron en mucho a las esperanzas que podian concebirse de unos hombres que no contaban con los medios de plantear estos trabajos y se hallaban en la necesidad de formarlos por si mismos. Ellos se encargaron tambien de la fortificacion de la plaza en clase de ingenieros , y la pusieron en un estado regular de defensa.

La muerte del intendente D. Juan Antonio Riaño fué sentida por vencedores y vencidos; prueba la mas decisiva de su relevante merito. Este ilustre magistrado pertenecia al partido de los Espanoles del reinado de Carlos III que rejentaron Floridablanca, Galvez, Campomanes y Aranda, y a virtud de sus principios politicos, en la creacion de intendencias para las colonias fué nombrado por el ministerio de Indias, Galvez , para desempeñar la de Valladolid de Michoacan, de donde fué trasladado oportunamente a la de Guanajuato que sirvio hasta su muerte. Aunque no se pueda decir que fuese un literato, se habla dotado de aquella extension de conocimientos que se reputan bastantes para constituir un hombre ilustrado, y que en el produjeron el deseo de propagarlos en las provincias que estuvieron sucesivamente a su cargo. En ellas fué un promotor nato e

infatigable de todos los ramos de la prosperidad publica, y suavizó, en cuanto pudo, ciertos absurdos y medidas ruinosas de la administracion colonial, como lo acreditan los reglamentos que publicó para procurar la seguridad de las personas y propiedades, y para poner en libertad, hasta donde le era licito, todos los ramos de la industria agricola y mercantil, aun contra las ordenes positivas que tenía de la corte para la destrucción de las viñas, de las cuales había grandes plantios en su provincia. Pero lo que hará eternamente honrosa y grata su memoria, será la integridad de su conducta como funcionario público en un país en que la venalidad ha sido el vicio característico de todos los depositarios de cualquier ramo de autoridad. A Riaño se le hizo universal y constantemente la justicia de considerarlo esento de este contagio, y como una de las muy pocas excepciones que ha padecido esta regla generalísima. Por último, lo que le hizo más acepto a los Mexicanos, fué el haberse manifestado siempre desnudo de todas las preocupaciones de *partido que animaban a sus paisanos contra los nacidos en el país*. Riaño, con la filosofía que produce el amor de todos los hombres, jamás dió cabida a esas distinciones odiosas, hijas del orgullo y de la ignorancia, y que tan caras han pagado los Españoles establecidos en Méjico, así es que el no peleó contra la independencia, animado de estas

pasiones mezquinas, sino impulsado por los principios del honor que le prescribían no ser infiel al gobierno que de él había hecho confianza. Por lo demás no solo estuvo siempre penetrado de la justicia de la independencia, sino que la tuvo por un suceso próximo e inevitable desde que la ocupación de España por el ejército francés dislocó la maquinaria ya ruinosa del gobierno de la metrópoli. Si la independencia hubiera partido de las autoridades constituidas, si se hubiera efectuado tal como se proyectó durante el virreinato de Iturrigaray y que frustraron las violencias de los Españoles, Riaño no la habría reusado, y con sus luces e integridad habría adelantado ya sin trabas la prosperidad de su provincia, y contribuido a formar la moralidad de los funcionarios públicos mexicanos. Pero quedó asombrado al ver los desordenes del movimiento efectuado en Dolores, y muy poco o nada bueno pudo pronosticar de sus inmediatos resultados: estas consideraciones, unidas a los principios de pendor, lo determinaron a declararse contra Hidalgo y ser víctima desgraciada de la defensa de Guanajuato.

Mas es tiempo de encargarse de las operaciones con que el gobierno español se preparaba a la defensa, y los medios o resortes que ponía en juego para desacreditar la naciente revolución, y disipar las masas con que se le amenazaba y que crecían por

momentos. El nuevo virey D. Francisco Javier Vélez que había desembarcado en Veracruz el 28 de agosto hizo su entrada pública en Méjico el 14 de setiembre, y de esta manera el gobierno del virreinato adquirió la fuerza y unidad de que no era susceptible en manos de la Audiencia, y sin las cuales no habría sido posible resistir al torrente impetuoso de la revolución. Pero el nuevo virey vino bajo otro aspecto a dar fuerza y aumentar los motivos que la impulsaban, pues fué el portador de las gracias concedidas por la rejerencia a todos los apresores de Iturigaray, y con esto se dice lo bastante para dar a conocer el disgusto con que fué recibido este funcionario y el gobierno que representaba.

Como las circunstancias de la metrópoli eran en aquella época las más apuradas, pues el partido de la resistencia se hallaba casi reducido a las murallas de Cádiz, la rejerencia que no conocía otro poder que pudiese apoyar su autoridad en Méjico y proporcionarle auxilios para restablecerla en España que el de los Españoles ricos apresores de Iturigaray, trató con ambos fines de contentar a estos y hacerse los propicios a toda costa. Este parece haber sido el principio de las concesiones que se les hicieron y no el de insultar a los Méjicanos; mas estos se dieron por ofendidos, y no vieron en las nuevas gracias sino un desaire a sus reclamaciones

y un desprecio de sus quejas, de modo que en lo de adelante, siempre que la ocasion pedía hacer una enumeracion de las injusticias del gobierno español, jamas dejó de contarse entre ellas como una de las principales las concesiones expresadas.

La mañana del 47 de setiembre Venegas reunió en el palacio vireinal una junta aristocratica, compuesta de un numero considerable de personas, entre las cuales se contaban el arzobispo y el general Garibay, ambos antiguos vireyes, y el teniente general Bustamante, destinado para jefe supremo de Guatemala. En ella se dió cuenta con las gracias concedidas por la rejencia. Contra la evidencia de los hechos se hizo una pintura brillante del estado de las cosas de España, y se concluyó por un pedido de veinte millones de pesos. Parecia natural que se hubiese tambien hecho mención de los sucesos de Dolores, que era el asunto del dia, y que por su inmediacion interesaba algo mas al gobierno y a los habitantes del pais que los de la peninsula; pero la politica del gobierno colonial fué siempre afectar un desprecio desdeñoso de todos los esfuerzos de los Mejicanos contra su metropoli, que se hacia por entonces consistir en un silencio, por el cual se afectaba no ocuparse de un asunto que se queria persuadir no debia llamar la atencion del gobierno sino secundariamente.

Las primeras noticias del alzamiento llegadas de Querétaro, vinieron por conducto de los frailes de *propaganda* que tienen en aquella ciudad el colegio de la Cruz. El Acuerdo que era el consejo nato del virey, y en el cual prevaleció el voto de D. Guillermo de Aguirre, le consultó que conforme a la costumbre antiquísima establecida para semejantes causas se nombrase un pesquisidor, que con algunos alguaciles y una partida de tropa se trasladase al lugar del motín y lo cortase como tuviese por conveniente, imponiendo castigos y concediendo perdones discrecionalmente. El virey que no tenía conocimiento ninguno del estado del país, siguió por entonces este dictamen, y nombró al alcalde de corte D. Juan Collado para el desempeño de esta comisión, el cual, llegado a Querétaro apenas pudo hacer otra cosa que enterarse del estado de los negocios, y reponer en su empleo al correjidor Domínguez cuya inocencia palpó. En cuanto a lo demás no pudo adelantar un paso, pues el movimiento de Dolores no era un motín pasajero, sino el principio de una revolución que, aunque mal dirigida, tenía profundas raíces en el corazón de los Mexicanos y no podía terminar sino cortando para siempre los vínculos de este pueblo con su metrópoli.

Cuando el virey tuvo noticia de la toma y saqueo de Gélaya y de la fuerza progresiva de Hidalgo, em-

pezó a sospechar que el negocio era de mas cuidado que lo que la Audiencia había creido, y de consiguiente que las medidas sujeridas por el Acuerdo eran en el caso absolutamente ineficaces. Estas sospechas pasaron a ser evidencias con la toma de Guanajuato y la derrota de los Espanoles en tan importante plaza. Entonces el virey abrió los ojos y conoció la necesidad de las operaciones militares contra unas masas que aumentaban por momentos, y a nada se hallaban menos dispuestas que a someterse a sus antiguas autoridades. Se determinó pues que la ciudad de Queretaro fuese el cuartel general y punto de reunion de tropas para formar un ejercito, cuyo objeto por entonces debia ser el de sostener este punto, que aunque no unica, es una de las llaves de la capital, y mas tarde con el de atacar las fuerzas de Hidalgo y destruirlas si era posible. Como las noticias alarmantes se alcanzaban unas a otras, se hicieron salir a marchas forzadas el regimiento de infanteria de la Corona y el de dragones de Puebla con la columna de granaderos, formada de las compañias de este nombre de todos los cuerpos de infanteria provincial. En Queretaro existian ya los dragones que llevaban el nombre de esta ciudad, y la mayor parte del regimiento de infanteria de Celaya, posteriormente se hicieron marchar a este punto la infanteria veterana de Nueva-Espana, y los dragones veteranos de Espana y Mejico.

Todas estas fuerzas con su tren de artilleria competente se pusieron a las ordenes del coronel D. Manuel de Flon, conde de la Cadena, e intendente de la provincia de Puebla. Este jefe era uno de los hombres publicos de reputacion bien sentada en todas lineas. Se ignora qual fuese su pericia militar, pero eran universalmente reconocidas su integridad y honradez, sus conocimientos politicos y economicos, su dedicacion a la policia de comodidad, ornato y seguridad, lo mismo que su deseo de propagar en su provincia los conocimientos científicos y literarios. Estas prendas hacian que se le considerase como un respetable magistrado, aunque sujeto a gravissimas faltas por su caracter impetuoso y fuertes pasiones, que le hacian atropellar muchas veces los miramientos debidos a las personas, y salvar no pocas las barreras legales, por llegar mas pronto al fin casi siempre laudable que se proponia. Sus ideas politicas eran en todo conformes a las de Riaño su conciño, es decir que pertenecia al partido de los Espanoles que opinaban por el progreso, y participaba de sus miras y deseos. Estaba convencido de que la epoca de la independencia de Mejico habia llegado o estaba ya muy proxima; pero el no se la figuraba tal como Hidalgo la inicio, envuelta en horrores y destruccion, sino pacifica y segada por error notable en un hombre de sus conocimientos, al que no se debia ocultar que la po-

sibilidad de un cambio sin desordenes intentado inutilmente varias veces, habia pasado ya, y que el resentimiento de las masas contra la metropoli y los Espanoles, provocado por los repetidos agravios de aquella y estos, debia por necesidad producir una explosion violenta y una sangrienta revolucion! Mas sea de esto lo que fuere, Flon echó un borron eterno sobre una reputacion adquirida a tanta costa, por el caracter barbaro y sanguinario que desplegó con tanta ferocidad en clase de segundo jefe del ejercito español del centro, y su memoria, por semejantes atrocidades, será siempre poco grata a los Mejicanos.

El virey formó en Mejico su reserva con los rejimientos de infanteria de Puebla, Tresvillas, Toluca y el batallon de Marina, compuesto de la tripulacion de los buques que se hallaban en la baia de Veraeruz con la caballeria de Tocineros y algunos otros piquetes y compagnias sueltas, y la guarnicion de la ciudad fué confiada al rejimiento urbano del comercio y a un cuerpo de milicias urbanas de las tres armas, compuesto de los vecinos, a quienes se dió la denominacion de patriotas, y cuya fuerza seria de tres a cuatro mil hombres. Estos cuerpos eran tres batallones de infanteria, cuatro escuadrones de caballeria, y una brigada de artilleria, y en ellos se obligó a inscribirse a todos los que podian hacer servicio a su costa. El virey no

quiso que llevasen el uniforme ni denominacion de los antiguos voluntarios, confesion tacita pero bien clara de la general aversion con que eran visitos del publico mejicano. En San Luis Potosí se formaba por el mismo tiempo otra division que despues fué uno de los principales apoyos del gobierno español en Nueva-España. El brigadier Don Felix Calleja se hallaba de comandante de la decima brigada de milicias, de la que era cabecera aquella ciudad. Luego que este hombre supo la revolucion de Dolores, de la cual tenia ya algunas sospechas, aunque por datos no muy seguros, lejos de desalentarse ni caer de animo como sucedió a los mas de los jefes de la Nueva-España, sin aguardar ordenes de Mejico se ocupó con una actividad incansable en reunir todos los cuerpos de su brigada, llenar sus bajas, armarlos, disciplinarlos y equiparlos de todo a todo. Levantó tambien nuevos cuerpos formandolos de hombres robustisimos de que abunda aquella provincia, y entre ellos se hizo muy notable el de infanteria llamado de los *tamarindos* por el color de su vestido, y compuesto de hombres tomados de las rancherias, pertenecientes a las Bocas y el Venado. Tambien establecio Calleja una fabrica de cañones de todos calibres, arma muy escasa por aquel tiempo en Mejico, y cuando ya tuvo su division bajo un pie respetable, la hizo campar en la hacienda de la Pila, con el objeto de ocu-

par a los cuerpos esclusivamente en los ejercitos militares, mantener el rigor de la disciplina e impedir las distracciones a que se hallan espuestos los soldados en las ciudades. El acampamento se hizo con toda la ostentacion que era caracteristica en Calleja : las tropas marcharon formadas a la ocupacion del campo, el terreno se dividió por cuerpos, señalandose a cada uno de ellos el que le correspondia, y en la tienda del general se levantó un docel con el retrato de Fernando, bajo el cual se colocó una mesa con la imajen de Cristo crucificado, ante el cual se hizo jurar de nuevo a los gefes, oficiales y soldados obediencia y fidelidad al rey de Espana, y hacer la protesta , que despues fué tan comun , de sostener la religion que nadie atacaba, pero que convenia hacer creer se hallaba en riesgo a un pueblo sobre cuya ignorancia y credulidad se calculaba. La solemnidad de este acto y el aparato esterior que se le dió para herir la imaginacion de los espectadores produjo todo el efecto que se deseaba en las gentes del ejercito, que por su sencillez e inesperiencia no les era posible conocer las imposturas de sus gefes , penetrar sus designios, ni desprenderse de las impresiones que producian estas esterioridades. El entusiasmo pues, hizo las veces de la razon, y los que entonces se alistaron en la division de Calleja pelearon constantemente y de buena fe por el gobierno español mientras estuvieron a las ordenes inmedia-

dicias de este jefe, a quien es preciso dar a cono-  
cer.

El general D. Felix Calleja vino a Mejico de te-  
niente coronel con el virey conde de Revillajijedo  
el hijo : jamas pudo disimular su desmedida ambi-  
cion ni el deseo de hacer un papel brillante y dis-  
tinguido ; asi es que desde los primeros momentos  
de su llegada, todo su empeño fué el de mandar en  
jefe y sin superior inmediato, hallandose siempre  
mas dispuesto a ponerse al frente de una partida  
de soldados en el campo que a ser segundo de  
una division. Su genio activo y emprendedor, y  
su deseo de adquirir gloria, lo hacian no desper-  
diciar oencion ninguna de llamar la atencion del  
publico y formarse un teatro de admiradores que  
lisonjearan su vanidad : como todo ambicioso ja-  
mas tuvo fe ni conciencia politica, ni hallaron en  
el nunca cabida los sentimientos del deber ; caleu-  
laba, y por lo comun con tino y conocimiento, lo  
que podria conducir a sus adelantos, y se decidia  
por el lado que les era mas favorable, asi es que fué  
amigo y enemigo de la revolucion francesa, admi-  
rador y detractor de Bonaparte, liberal contra las  
preocupaciones religiosas y la Inquisicion, y enco-  
miador de los Jesuitas a quienes protejió y restitu-  
yó : por ultimo, para que no le quedase papel por  
hacer, hizo hasta cierto punto el de insurjente, para  
tener cabida entre los afectos a la revolucion, que